

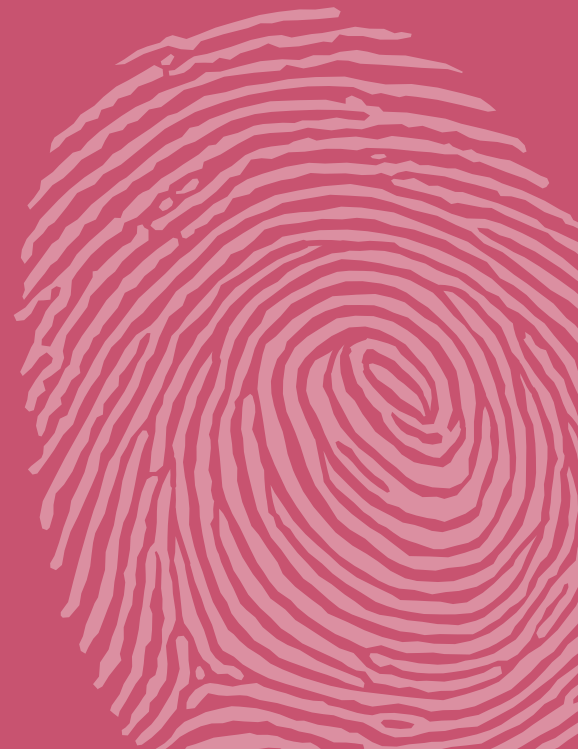
# UNA MIRADA

## TERRITORIOS E IDENTIDADES EL CUERPO COMO TERRITORIO<sup>1</sup>

MARÍA PAULINA SOTO LABBÉ

---

Licenciada en Historia y Doctora ©  
en Estudios Americanos,  
Universidad de Santiago.  
paulina.sotolabbe@gmail.com





Mientras escribo este artículo, comienzan los alegatos en la Corte Internacional de Justicia de La Haya por la demanda que hace Bolivia a Chile de acceso soberano al mar. Todos los discursos están orientados a argumentar a favor o en contra de propuestas de ideas estructuradas de manera “lógica”. Mi formación de pre-grado en Derecho y en Historia y Geografía, reconocen con facilidad los principios, conceptos, enfoques y procedimientos metodológicos de esos discursos. Mi formación profesional de investigadora cultural, en cambio, configura un ritual: dos grupos humanos, que comparten un lenguaje convencional, se reúnen en torno a una disputa de ideas para persuadir a un tercer grupo neutral, de concederles primacía en su interpretación de los hechos. Es decir, ante la lógica y la razón se impone el recurso de la persuasión o del arte de la diplomacia. De lo contrario, bastaría con presentar los argumentos escritos o las fórmulas establecidas y contrastarlas con los instrumentos jurídicos internacionales o binacionales. En esta disputa de poder la persuasión es la alternativa a la guerra, la misma que hace 136 años atrás fue la que dirimió el conflicto. Un siglo después se opta por la posibilidad y legitimidad de que una corte se deje “convencer”, enseñándonos que revisar y modificar nuestras creencias es posible y necesario porque constituyen nuestras propias creaciones. No podemos desplazar la cordillera de los Andes, pero sí podemos redefinir el trayecto de nuestros pasos. Eso es, en gran medida, la cultura.

1

El concepto es de mi autoría y ha sido aplicado en mi tesis doctoral y en el estudio “Vidas cotidianas en emergencia” del Núcleo de nombre homónimo, de la Universidad de Chile.

2

Renato Ortiz señala que hay un solo tipo de economía mundial, el capitalismo, y un único sistema técnico (computadores, satélites, entre otros), pero es difícil afirmar lo mismo respecto de los universos culturales. Por ello, denomina a los primeros con el concepto “globalización”, mientras reserva a lo cultural el de “mundialización”. Señala que esta se manifiesta en dos niveles: a) un modelo de organización social como base material del patrón civilizatorio que en nuestro caso es la modernidad y b) una concepción de mundo o universo simbólico, que convive con otros patrones como el político o religioso.

Comparto esta reflexión porque nuestra revista ha definido como *leitmotiv* dos conceptos –territorio(s) e identidad(es)–, que justamente experimentan una contrastación conflictiva con la realidad actual, haciéndose necesaria su revisión desde una perspectiva de la gestión cultural, según nos corresponde.

De manera muy sintética, debemos decir que estos conceptos pueden ser polisémicos según la disciplina desde donde se los defina, sin embargo, existe cierto consenso respecto de los ajustes que las nuevas configuraciones estructurales y las prácticas humanas les imponen en la actualidad. Nos referimos a que el enfoque unívoco de la existencia de identidades monolíticas y puras es anacrónico, y que la noción de territorio como lugar originario, fronterizo e inmutable, ha estallado como resultado de la mundialización en la que vivimos (Ortiz, 1998)<sup>2</sup>.

“No podemos desplazar la cordillera de los Andes, pero sí podemos redefinir el trayecto de nuestros pasos. Eso es, en gran medida, la cultura”.

3

Este es un concepto de raíz latina que está presente en la literatura de Aristóteles, pero luego tendrá un extenso uso en pensadores fenomenológicos como Husserl o Merleau Ponty, y en sociólogos clásicos como Durkheim o Weber, pero quien lo sistematiza es P. Bourdieu.

Es la interiorización automatizada de usos y costumbres en un individuo y su valor es que supera la dicotomía de disciplinas que plantean que el comportamiento humano se debe a factores estructurales y "objetivos", versus las que sugieren que es el resultado de la suma de comportamientos individuales casuísticos y subjetivos.

4

El concepto de agencia personal en la literatura psicológica, filosófica y del desarrollo socioeconómico, explica aspectos del funcionamiento humano autónomo, tales como la competencia personal, enfocándose principalmente en el individuo como un actor que opera en un contexto social determinado. Con Amartya Sen, la agencia es la habilidad y libertad de definir las metas propias de forma autónoma y de actuar a partir de las mismas. Es motivación, decisión, intensión, significado, acción y conducta, y por lo tanto incorpora objetivos, acuerdos y obligaciones derivadas de la idea que tiene la persona sobre el bien, haciéndose cargo de las consecuencias de sus elecciones.

5

Jus sanguinis y jus soli, son latinismos que significan, respectivamente, derecho transmitido por herencia sanguínea y por herencia territorial. Por ser hijo de, o por nacer en.

Para avanzar en la revisión crítica propuesta, hemos construido la siguiente hipótesis: portar una identidad colectiva hoy, es el resultado de una experiencia que se desarrolla a temprana edad y con arraigo a una relación de convivencia más o menos amable con los otros y con el entorno de acogida. Esta experiencia se graba en el cuerpo como una herencia de las generaciones anteriores (*habitus*)<sup>3</sup>, transformándose en una capacidad portátil desde donde desplegar nuestra agencia (*agency*)<sup>4</sup> en las relaciones que posteriormente establezcamos. A esta capacidad le hemos denominado "el cuerpo como territorio" (C.C.T.).

De esta manera, usamos la noción "portar" en dos sentidos: como la capacidad de llevar la identidad colectiva consigo mismos, y como el deseo de representar esa herencia de transmisión inter-generacional. Esto significa que el poder que nos otorga esa identidad colectiva, se posee con independencia a nuestra voluntad y más allá de las condiciones en que se originó, y además, nos ofrece la posibilidad de construir una personalidad con la cual desplegarlos en nuevos espacios habitados por otros. Un ejemplo: hablamos con el acento propio de la comunidad de origen sin haber optado por él –a diferencia de una ciudadanía política que se otorga

por *jus soli* o *sanguinis*<sup>5</sup> y a la que podemos renunciar– y luego, ese acento nos permite ser reconocidos como pertenecientes a un lugar, haciendo evidente lo que antes nos era natural o inconsciente, y otorgándonos una presencia especial como resultado de este recurso de identidad que portamos en el cuerpo. Así, "portar" es autónomo e intencionado a la vez.

Como es evidente, estamos considerando que los trayectos espaciales o la movilidad constituyen uno de los nuevos factores estructurales más recurrentes de la mundialización<sup>6</sup>. Esta modifica cualquier condición de identidad anteriormente construida, las que solían estar bien resguardadas por las redes institucionales y locales del entorno humano y espacial donde se habían originado. ¿Pero qué ocurre con estos desplazamientos cada vez más frecuentes? Lo local, el lugar, tienen una carga cultural asociada a lo que nos resulta familiar, cómodo, natural y fluido, y ese arraigo supone la idea de una raíz que ha crecido en un territorio específico y donde floreció. Así, las rupturas de ese arraigo solemos asociarlas a "pérdidas, peligros o amenazas" (Ortiz, 1998, p. 30). Al respecto, Guzmán (2010) nos describe una lectura positiva de este desplazamiento a través del modelo de trayectoria espacial de los sujetos, como forma de ejercer agencia y lograr reconocimiento. Este





modelo se ha estudiado como escenario favorable a la emergencia de este tipo de agencia o capacidad de ingresar a nuevos espacios performáticos, en tanto personas “portadoras” de una herencia y con una intención definida. Nos parece pertinente y necesario considerar este tipo de enfoques de investigación desprovistos de carga ideológica negativa.

Tanto los emigrantes como las relaciones virtuales han ampliado extraordinariamente estos nuevos espacios performáticos, donde se hace imprescindible desplegar agencia y en los cuales uno de sus soportes más sólidos son justamente la pertenencia identitaria, sin que se agote en ella las capacidades de este sujeto desterritorializado que emerge cada vez con mayor fuerza. En un artículo escrito en el año 1994 denominado “Imagina el mundo sin fronteras o aprende a vivir en ellas”, señalo:

6

En la actualidad y de manera inédita en la historia de la humanidad, hay muchas personas viviendo fuera de sus países de origen. A nivel mundial, y considerando solo cifras oficiales, la migración internacional –sin considerar la rural-urbana intra-países– alcanza a 232 millones de personas y aumenta por decenios, haciendo que se transforme en un proceso irreversible puesto que muchos de los corredores han sido abiertos por parientes que han emigrado antes y la tendencia es reiterar los mismos destinos creando comunidades transnacionales con más de dos generaciones de nuevo arraigo. “Los asiáticos y latinoamericanos que viven fuera de sus regiones de origen constituyen los grupos más numerosos de la diáspora a nivel mundial (...). Los migrantes nacidos en América Latina y el Caribe representan el segundo gran grupo de la diáspora que, en su mayoría, 26 millones, vive en América del Norte” (ONU, 2013). Según esta misma fuente, Chile es el país latinoamericano que ha tenido la evolución más notable en el crecimiento de inmigrantes entre 1997 y 2013, llegando a 398.251 personas.

*Los jóvenes de la frontera global, serán producto de las nuevas condiciones comunicacionales, o sea, del desplazamiento y circulación de información y mensajes en su forma virtual y material. Estos serán los habitantes que se ubican en el deslinde mismo –ni de un lado ni de otro–, respecto de un centro socio-cultural masivamente deseado, destruyendo la compulsión por definirse en relación a él. Integran a su identidad lo local y lo extranjero, tienen una mayor aceptación a la otredad y al devenir, pues aprenden a vivir en el espacio del intercambio. En su vida diaria, están expuestos a esta inmensidad de mensajes de otros que circulan dentro de la frontera comunicacional y a la vez, porfían espacios de autonomía y expresión individual. Toman especializadamente lo que necesitan y dejan pasar<sup>7</sup>.*

Giacomo Marramao (2011) ha avanzado en una propuesta de caracterización de las nuevas ciudadanía mundiales desterritorializadas y la ha denominado “cosmopolitismo de la diferencia” (p. 35). Esta tiene un alcance filosófico pero también una resolución jurídica. Su reflexión dialoga con autores de la talla de A. Sen y de R. Panikkar, y son planteamientos que pretenden describir y hacerse cargo de este proceso ampliado y en marcha.

Hemos aclarado los alcances del uso del concepto “portar” en nuestra hipótesis, pero en ella además sugerimos la idea de “experiencias compartidas más o menos amables y acogedoras”. Como es evidente, muchas experiencias –como los efectos de las catástrofes derivadas de los desastres naturales o de las guerras– no son ni amables ni acogedoras y, por lo tanto, deseables de portar y ser transferidas. Este tipo de experiencias se constituyen en identidades deseables de ser portadas solo cuando –a pesar de ser dolorosas– han sido

7

[http://www.oei.es/euroamericano/potencias\\_actores\\_imagina.php](http://www.oei.es/euroamericano/potencias_actores_imagina.php). Extraído el 30 de abril de 2015.



resignificadas por el colectivo como aprendizaje. De lo contrario, son traumas grupales o individuales.

Asimismo, la propuesta que hemos hecho no tiene una perspectiva psicológica ni filosófica, porque no es individual ni de alcance ontológico. Aún cuando hemos recurrido a autores que pertenecen a estas adscripciones disciplinares<sup>8</sup>, nuestra perspectiva de identidad y territorio es socio-cultural, porque corresponde a experiencias compartidas por grupos de convivencia que hacen de ellas su territorio y este se porta en el propio cuerpo, pudiendo desplegarse desespacializadamente en los nuevos escenarios performativos que se presenten. Así, territorio es “una relación” antes que un espacio<sup>9</sup>. Espacio y tiempo son categorías sociales propias de un modelo civilizatorio específico y nadie podría discutir que las nuestras están asociadas a la materialidad propia de la modernidad. Pero respecto de los soportes materiales del tiempo y del espacio, Ortiz (1998) se apura en recordarnos: “la espacialidad de las cosas, los objetos, el medio ambiente –y ¿por

qué no?–, el imaginario colectivo, traspasa sus límites (de la materialidad)” (p. 28).

De esta manera, las identidades portadas en el cuerpo dan cuenta de una noción de cultura conformada por todo el aprendizaje que nos aporta el vínculo reiterado y constructivo con el entorno, y no solo por aquello “creado” por el ser humano como contrapunto a lo “dado” por la naturaleza (Bauman, 2013, p. 111). Esta noción de cultura será motivo de otro artículo.

Así entendidas las identidades –como territorios conformados por experiencias compartidas, transformadas en aprendizajes colectivos y encarnadas en cada uno de los integrantes de la comunidad de convivencia–, pueden pervivir desterritorializadas por largos períodos y transformarse en mecanismos de poder diseminados en el tiempo y el espacio. No necesitan fronteras, ejércitos, ni tribunales para su existencia. Se trata, entonces, de un enfoque socio-cultural que alterna y complementa el geo-político tan arraigado y, a la vez, tan desgastado como resultado de las transformaciones de la modernidad actual. ■

8

Waldenfels (2003) en *Habitar corporalmente en el espacio*; R. Ortiz (1998) con *Otro territorio*; P. Bourdieu (1991) en el capítulo *La creencia y el cuerpo* de *El sentido práctico*; F. Guzmán (2010) en *Hermenéutica de la persona. Modos de reconocimiento a través de la agencia*; entre otros.

9

Destacamos la idea de “relación o vínculo” por sobre la de territorio como soporte físico de todas las actividades humanas. Esta última es la perspectiva de “espacio” de la geografía clásica que lo entiende como un contenedor vacío.

## BIBLIOGRAFÍA

Bauman, Z. (2013). El horror de lo inmanejable. En *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*. México DF: Paidós.

Guzmán, F. (2010). Hermenéutica de la persona. Modos de reconocimiento a través de la agencia. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*. 3 (2), 27-38.

Marramao, G. (2011). Después de Babel: identidad, pertenencia y cosmopolitismo de la diferencia. En Martín Hopenhayn y Ana Sojo (comp.) *Sentido de pertenencia en sociedades fragmentadas. América Latina desde una perspectiva global*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

ONU (2013). International Migration Report 2013. United Nations, Department of Economic and Social Affairs/Population Division 1.

Ortiz, R. (1998). *Otro Territorio. Ensayos sobre el mundo contemporáneo*. Santafé de Bogotá: Convenio Andrés Bello.

Soto, P. (1994). Imagina el mundo sin fronteras o aprende a vivir en ellas. En Ediciones del IV *Campus Euromearicano de Cooperación Cultural*. Salvador de Bahía, Brasil. Extraído el 30 de abril de 2015 de [http://www.oei.es/euroamericano/ponencias\\_actores\\_imagina.php](http://www.oei.es/euroamericano/ponencias_actores_imagina.php).

# PERSPECTIVA

## CHILE EN 5D: NUEVAS PERSPECTIVAS TERRITORIALES E IDENTITARIAS

Cada territorio que es habitado por el ser humano genera una cultura e identidad propias, que se van definiendo y moldeando en función de su contexto geográfico, social e histórico, junto a las circunstancias, las relaciones internas y externas con otras comunidades, regiones y países, según la escala que se considere.

GABRIEL MATTHEY CORREA

Compositor, Ingeniero Civil,  
Magíster en Gestión Cultural de  
la Universidad de Chile, profesor y  
coordinador del Programa, director  
de la Revista MGC.





Si Chile tiene una “loca geografía” –como lo decía Benjamín Subercaseaux–, es porque en nuestro país existe una gran diversidad de territorios humanos asociados a diferentes culturas e identidades locales, aunque ello haya sido muy difícil de reconocerse oficialmente así, debido al marcado centralismo que históricamente ha impuesto la capital. No por casualidad se dice que “Santiago es Chile”, a pesar de que nuestra diversidad y contrastes socioculturales son tales que, en gran medida, “salir de Santiago es entrar a Chile”.

Hoy, frente a la constante amenaza de uniformación que conlleva la globalización, cada día se hace más necesario superar la “dictadura geopolítica” que implica el centralismo santiaguino. La necesidad y derecho a “poder ser” –a poder ejercer la cultura e identidad propias–, exige una efectiva “democratización territorial”, que permita el desarrollo de cada lugar según sus propias singularidades y potencialidades. Solo así nuestra variedad y riqueza culturales serán visibles, valoradas, asumidas y respetadas.

No obstante, ampliar la mirada y conciencia implica repensar el territorio nacional más allá del concepto lineal y estrecho que tenemos, toda vez que tradicionalmente nos referimos a él solo por su longitud –“a lo largo de Chile”, decimos–, olvidándonos que al menos vivimos en un espacio tridimensional (3D). Vicente Huidobro escribió: “Los cuatro puntos cardinales son tres: el sur y el norte”, acaso como un llamado de atención y provocación hacia esa estrechez psíquica que tanto nos limita, marcada por una visión miope, unidireccional –quizás influenciada por el eje longitudinal de la autopista norte-sur–, que se fomenta insistentemente en nuestro territorio físico y mental. Ya a partir de la educación básica se impone este sesgo que nos impide ver más allá. Sin embargo, Chile no solo tiene largo, no solo existe desde Arica a Magallanes: también tiene ancho y alto.

Son los cajones cordilleranos y valles transversales los que definen nuestra segunda dimensión (2D), gracias a los torrentosos ríos que corren desde las cumbres andinas hacia el mar, que a través de miles de años han sabido labrar sus paisajes y territorios humanos. Cada uno de ellos –con su particular geografía y microclima– genera una cultura que le es propia y diferente. Penetrarlos permite una primera aproximación hacia el Chile profundo, mundos

“No por casualidad se dice que “Santiago es Chile”, a pesar de que nuestra diversidad y contrastes socioculturales son tales que, en gran medida, “salir de Santiago es entrar a Chile”.